

## AUTODESCUBRIMIENTO EN PUERTO RICO

Por Daniel J. Boorstin

(Traducido y publicado mediante autorización especial de la Revista y la Editorial de la Universidad de Yale que se reserva los derechos de reproducción. El autor es miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Chicago y recientemente visitó la Isla como consultor del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico.)

El despojar a un pueblo de sus derechos tradicionales lo despertará a la indignación y a la acción. Pero despojarlo de sus agravios tradicionales puede imponer un sentimiento de frustración y una pérdida de orientaciones. Ambas clases de descontento aparecen en la historia reciente de Puerto Rico. Desde la ocupación de la Isla por los americanos en 1898 hasta recientemente, sus habitantes tenían pocos poderes de gobierno propio, pero el novel arreglo legal que en 1952 creó el Estado Libre Asociado de Puerto Rico (Commonwealth) ha dado a la Isla un dominio casi ilimitado sobre sus asuntos internos. Este hecho, manifiesto para el sentido común, fué verdaderamente certificado por la Asamblea General de las Naciones Unidas (noviembre 27, 1953) cuando resolvió que Puerto Rico ya no habría de ser clasificado como un área sin gobierno propio o "dependiente". Creada fuera de los moldes familiares, la nueva fórmula de Estado Libre Asociado (Free Associated State) ha buscado satisfacer demandas estatales de autonomía sin romper el nexo con Estados Unidos. Eliminando muchos de los agravios políticos tradicionales de la Isla, el "arreglo" de Estado Libre Asociado ha requerido, claro está, una revisión radical de la tradicional imagen puertorriqueña de Estados Unidos. Sin embargo, fue en esa misma imagen que los puertorriqueños hacia tiempo habían encontrado el rasgo principal de lo que ellos eran en sí. Un resultado ha sido el vago pero creciente malestar entre los intelectuales de la Isla.

Este es sólo otro ejemplo de la infelicidad sufrida por un pueblo despojado súbitamente de sus antiguos agravios. Tomemos a los irlandeses desde la creación del Estado Libre. O considérese a aquellos judíos que, como encuentran en el antisemitismo un obstáculo para la propia realización de su ser como tales, se vuelven sionistas. Habiéndose establecido en Israel, donde *ex hypothesi* el antisemitismo no puede existir, algunas veces se sienten igualmente frustrados. Sólo entonces descubren la manera tan pesada en que han descansado en el hecho o la creencia en el hecho de la discriminación.

Antes de la Revolución Americana, el pueblo de las Trece Colonias fue llevado a enojo por violación de lo que ellos creían ser sus derechos tradicionales como ingleses. Pero tuvieron la satisfacción de poder achacar

sus males económicos y políticos (algunos de los cuales en realidad habían sido causados por el mal tiempo o por indios hostiles) a las malvadas maquinaciones de un rey loco, sus ministros maquiavélicos y un Parlamento irresponsable. Una de las frustraciones bajo las cuales algunos de los principales revolucionarios americanos (como Sam Adams y Patrick Henry) sufrieron en los años posteriores a la separación de Gran Bretaña fue que ellos se habían privado de su opresor. Sus agravios los habían mantenido juntos de manera precaria durante la guerra y les habían brindado su orientación política por lo menos durante una década. Ahora tenían que descubrir, sin ayuda de Jorge III y sus ministros, lo que significaba ser americano.

Mucho más que los coloniales americanos antes de la Revolución, los puertorriqueños a través de los dos últimos siglos habían tomado su orientación intelectual de sus relaciones con sus opresores (reales o supuestos). Aún hoy, cada uno de los tres partidos políticos principales tiene que distinguirse principalmente por su posición ante el asunto del status adecuado de Puerto Rico en relación con Estados Unidos. La preocupación con este problema es mucho más profunda que lo que el observador casual adivinaría. No es exageración decir que casi todos los escritores y pensadores de más importancia de Puerto Rico se han preocupado por el problema del status — esto es, de la relación apropiada entre la Isla y su Madre Patria. Antes de 1898 el problema se orientaba hacia España; luego hacia Estados Unidos. La mayor parte de la herencia intelectual de Puerto Rico consiste, por lo tanto, de una miscelánea de polémicas, ensayos legales, oratoria política, poesía, reminiscencia y treno, todos girando alrededor del tema del status.

Podemos empezar a entender lo que esto significa para la vida intelectual de una comunidad si imaginamos que la Revolución Americana por alguna u otra razón no hubiese ocurrido, y la política americana por cerca de dos siglos hubiese continuado siendo un debate sobre el limitado asunto de la jurisdicción parlamentaria sobre la tributación. En ese caso, hoy en el Continente aún tendríamos un Partido de Tributación Internos, un Partido de Tributación Exteriores (creyendo que el Parlamento sólo podría imponer contribuciones al comercio exterior de las colonias), un Partido Pro Dominio y un Partido Pro Independencia. Esa ha sido la estructura de la política puertorriqueña.

Pero, como todo el mundo sabe, el curso del debate colonial americano se ensanchó entre 1765 y 1776; de la practicabilidad, legalidad, o justicia de una ley en particular a los mayores problemas constitucionales. Esto significó que aunque la Revolución marcó, claro está, una escisión decisiva en las relaciones legales entre las colonias americanas y Gran Bretaña, no hubo discontinuidad significativa en el pensamiento político americano. Muchos de los asuntos que habían preocupado a Franklin y Jefferson y a Pendleton y John Adams durante la Revolución, siguieron siendo discutidos en la Convención Constitucional de 1787, persistieron dentro de las

controversias Republicano-Federalistas de los primeros años de la nueva Nación y verdaderamente se convirtieron en puntos centrales de controversia en la Guerra Civil. Algunos dirían que éstos aún son los tópicos sobre los cuales Demócratas y Republicanos están en desacuerdo. La Revolución Americana fue por lo tanto un suceso seminal: los preliminares intelectuales de la Revolución brindaron una amplia (pero no demasiado grande ni demasiado vaga) arena de debate político para las décadas por venir.

El pensamiento de los estadistas e intelectuales puertorriqueños, sin embargo, nunca se extendió fructíferamente del específico problema del estatus a la naturaleza de las constituciones y federaciones como lo hizo el pensamiento americano entre alrededor de 1760 y 1787. Es difícil leer a las principales figuras del pensamiento político puertorriqueño — hombres como Muñoz Rivera y Pedreira — sin sorprenderse de lo poco que han tenido que decir sobre las grandes cuestiones de la teoría política. No han inquirido ampliamente dentro del compacto social, el carácter del federalismo o la naturaleza de los derechos humanos; ni (con la posible excepción de Hostos han contribuído significativamente a la historia constitucional española o americana. Profundamente preocupados con el status puertorriqueño, no habían podido colocarlo en una armazón amplia. Por esa razón, la creación del Estado Libre Asociado de 1952 (que eliminó muchas de las causas de agravios sobre el status) disolvió gran parte de la materia tradicional de su pensamiento político.

Por su misma adhesión al arreglo del 1952, el Partido Popular Democrático del actual Gobernador, Muñoz Marín, ha indicado que no se inclina a seguir recorriendo el trillado curso del pensamiento político puertorriqueño, aunque sin abandonar verdaderamente la cuestión del status. El partido del Gobernador aún cuenta con muchos miembros de sentimientos independentistas; y el Partido ha conservado el marcado enfoque tradicional y el limitado punto de vista de la política puertorriqueña pero los ha convertido en una virtud fijando su atención ahora en problemas que afectan más el nivel de vida.

Mientras tanto, los dos partidos de minoría (los independentistas y los republicanos o estadistas) que juntos sólo obtuvieron el 35 por ciento del voto popular en las últimas elecciones, han seguido siendo herederos de la preocupación tradicional de la política puertorriqueña. Esto crearía problemas a cualquier líder político y particularmente a uno tan sensitivo como el Gobernador. No es sorprendente entonces que recientemente él haya trasladado el problema del status de términos políticos a términos culturales.

De acuerdo con las manifestaciones públicas del Gobernador, las relaciones políticas de la Isla con Estados Unidos no requerirán por largo tiempo la revisión básica del compacto del Estado Libre Asociado. Sus programas de bienestar y fomento presuponen su preservación. Sin em-

bargo, como el Gobernador señala cuidadosamente, el progreso industrial y la asimilación a Estados Unidos crean un nuevo problema de status cultural.

El gobernador Luis Muñoz Marín es una notable combinación de poeta y pragmatista. Lo que lo distingue entre los líderes políticos del mundo de hoy — y lo califica como una especie de Winston Churchill del Caribe — es que posee una percepción tanto para aquellos inefables elementos tradicionales que deben ser expresados poéticamente como para aquellas necesidades diarias de un pueblo que pueden ser resumidas en dólares y centavos.

Para él, el status como una cuestión política por algunos años ha estado perdiendo interés; carece tanto de sugestividad espiritual como de utilidad práctica. En 1936, cuando había sido expulsado del Partido Liberal Puertorriqueño por sus puntos de vista independentistas, se retiró de la política a la vida campestre por dos años más o menos.

Aprendió entonces de los jíbaros con quienes convivió, que el puertorriqueño corriente, aunque indiferente al gastado asunto del status político, estaba intensamente interesado en el bienestar social y económico. Desde entonces Muñoz Marín ha ascendido políticamente con lemas y programas de mejora social.

Al mismo tiempo, el Gobernador está genuinamente preocupado con el problema de lo que realmente significa ser un puertorriqueño. Cambios sociales y económicos dramatizan el problema. Estos son, en su mayor parte, consecuencias de la industrialización que para esta Isla ha querido decir americanización. Muchos miembros de la creciente clase media en San Juan viven en reproducciones de suburbios de Miami, como Baldrich, Caparra Heights o Garden Hills. El visitante a uno de estos suburbios es recibido por un rótulo anunciando el sitio de la reunión semanal del Club Rotario y otro (auspicio del Club de Leones) solicitando: Drive Slow: We Love Our Children". Residentes debidamente calificados pueden unirse a un "country club" de tipo continental.

Equipan sus hogares con refrigeradoras, aparatos de reproducción musical de alta fidelidad, aire acondicionado y receptores de televisión en los cuales la familia ve el programa "I Love Lucy" todos los lunes por la noche. Un impresionante número de Cadillacs en colores salmón, rosa y malva demuestran que las especies se han aclimatado al trópico. El inglés, claro está, es la lengua franca. Si un visitante continental trata de halagar a un residente hablando español vacilante, esto probablemente se interprete como una crítica al inglés del que escucha y por lo tanto, de su posición social.

En esas urbanizaciones solamente los sirvientes no hablan inglés. Las revistas en las mesas de la sala incluyen a Time, Collier's, The Saturday Evening Post, House Beautiful y Mademoiselle (todas en inglés).

El Gobernador, tan cabalmente americano como puertorriqueño, es ejemplo típico de un armonioso dualismo cultural. Sin embargo, su propia ascensión al poder es un símbolo de autonomía puertorriqueña, una especie

de afirmación de la personalidad puertorriqueña. ¿Puede culpársele, entonces, si se siente perturbado al ver a los puertorriqueños ellos mismos en una forma tan poco puertorriqueña? ¿Qué, se pregunta, son los puertorriqueños en sí y para ellos? Busca desesperadamente algún sabor nativo, alguna fuerza de resistencia, para evitar que la Isla se convierta en un mero receptáculo de cultura importada.

Pero, ¿cuáles son los recursos con los que se puede crear un carácter nativo en Puerto Rico? De los lugares comunes de la historia moderna se puede hacer una lista de factores que a menudo han ayudado a las comunidades al logro de un vivaz y vigoroso carácter nacional.

Estos incluirían: (1) pequeñez geográfica (o fronteras naturales), ilustrada por los ingleses, los suizos o los suecos; (2) un panorama típico (preferiblemente distinto al de sus vecinos cercanos), ilustrado por la insularidad de Inglaterra, la montañsidad de Suiza, la acuosidad de los Países Bajos; (3) una historia rica y típica, ilustrada por el caudal de drama y aventura de las ciudades estados italianas o el carácter pintoresco pero unidireccional de la historia de Estados Unidos; (4) larga asociación a una comunidad de naciones, ilustrada por los países escandinavos o partes de la Mancomunidad Británica.

Puerto Rico no posee ninguna de estas ayudas gratuitas para el autodescubrimiento comunal, con la excepción de pequeñez geográfica. La igualdad geográfica y climática de las Antillas ha perseguido a todas estas islas en su búsqueda de identidades separadas. Donde la insularidad es universal, ni una sola comunidad posee ventaja distintiva en ser una isla.

Quizás en ninguna otra parte del mundo las comunidades políticas vecinas sean tan poco complementarias desde el punto de vista económico o cultural. Tienen las mismas cosechas; alguien ha dicho que nada tienen para exportarse mutuamente excepto sus enfermedades. Sería difícil encontrar cualquier otra región donde los vecinos geográficos parezcan tan remotos; porque mutuamente se ven no directamente sino en los distantes espejos de Nueva York, Londres, París y Amsterdam.

En los días de los bucaneros, Puerto Rico y sus vecinos eran una comunidad natural de guerra y explotación mutua; en los días precolombinos probablemente fueron recorridas por las mismas tribus indias. Pero en los siglos recientes una desgraciada serie de circunstancias ha privado a Puerto Rico de sus vecinos naturales — e incidentalmente de aquellas ayudas al autodescubrimiento que muchas naciones encuentran en comunidades cercanas con las cuales pueden compararse. Puerto Rico carece de la población predominante negra de sus vecinos del Caribe; esto lo ha privado del sentido del nuevo despertar racial que ha inspirado a los negros en algunas partes del mundo. Los hechos brutales, por lo tanto, parecerían sostener el pesimismo del escritor español del siglo XIX que describió a Puerto Rico como “el cadáver de una sociedad que nunca ha nacido.”

Este amargo comentario, claro está, es una calumnia al espíritu vital del Puerto Rico contemporáneo. Aun el que va de visita allí por breve tiempo no puede dejar de captar la aceleración de la vida económica y social. Pero la calumnia del siglo XIX aún podría ser parafraseada para describir con exactitud al considerable número de intelectuales puertorriqueños que con ciego entusiasmo pomposo buscan el renacimiento de una cultura que en primer lugar nunca existió.

Claro está, los literatos en todas partes prefieren lo que se ha hecho accesible en las nítidas páginas de libros y en obras de arte al revoloteo de la vida que los rodea. En Puerto Rico en estos días, por lo tanto, ellos tratan de recrear su pasado en la imagen familiar de las ricas culturas de Europa.

A través del Ateneo (academia de artes y letras de Puerto Rico) y de la Prensa diaria, y de muchas otras maneras, buscan descubrir ("inventar" sería más exacto) una Alta Cultura Puertorriqueña, completa con poetas, novelistas, historiadores, dramaturgos, filósofos y pintores. Coleccionando santos (pequeñas imágenes religiosas talladas en madera o modeladas en yeso por artistas aficionados para uso doméstico), creando un aura de romanticismo alrededor de la imagen del jíbaro y estimulando las artes de la alfarería y la aguja tratan de evocar una rica cultura folklórica.

A la larga, los resultados de este doble esfuerzo probablemente no engañen a nadie. No convencerán ni a los puertorriqueños ni a otros de que la Isla posee un carácter propio.

Para aprovechar lo más posible sus encantos naturales, el pueblo de Puerto Rico tiene que descubrir, enfrentarse y hasta aceptar sus limitaciones.

En ninguna área es esto más importante que en relación con su pasado. Sin embargo, aquí, menos que nada, los intelectuales puertorriqueños no han estado dispuestos a enfrentarse a los hechos escuetos. Un visitante académico no puede dejar de asombrarse por la presunción (más exactamente descrita como un artículo de fe patriótica) de que Puerto Rico posee un "pasado glorioso" — o por lo menos una historia vastamente rica, interesante e instructiva.

Entre la clase literaria uno escucha a menudo el lamento de que nunca ha habido una Historia de Puerto Rico artísticamente de primera clase, erudita y amplia. Esto se ha convertido en una especie de acusación que por su propia evidencia se supone que remache el argumento, contra la Universidad de Puerto Rico. Mientras tanto, en la propia Universidad uno encuentra entre historiadores una preocupación casi patológica con la historia de Puerto Rico, que está por convertirse en una de las más florecientes industrias académicas en la Isla.

En muchos colegios de la Universidad se exige un extenso curso de historia de Puerto Rico y el mismo atrae una de las matrículas más grandes. Casi todos los miembros antiguos del Departamento de Historia son "especialistas" en uno u otro aspecto de la historia de Puerto Rico. A

pesar de esto los críticos de la Universidad lamentan su falta de atención al pasado local; y los profesores prometen hacer aún más con la historia de Puerto Rico en el futuro.

Esta miopía comunal proviene de una simple suposición incontestada. Como los ingleses, los franceses y los españoles han encontrado un lisonjero espejo de carácter nacional en su pasado épico, los puertorriqueños (que "ex-hypothesis" tienen un carácter nacional) también tienen que tener ese espejo. Pero en su fervor por hacerse interesante inflando su pasado, los puertorriqueños se han inclinado a pasar por alto (o hasta negar) algunas de sus peculiaridades que en realidad puede que sean ventajas.

Una de las más claras de éstas es que Puerto Rico es un país con un largo pasado pero una corta historia. Cualquier historiador que estudie el pasado puertorriqueño como una narración de hombres e instituciones comparables a los de Francia, Inglaterra, Holanda, Japón e Israel no puede honradamente aducir que sea particularmente memorable.

La historia de Puerto Rico carece hasta de una sola revolución o guerra civil de intenso drama o decisiva significación. Su historia cultural ha producido pocos monumentos (con la notable excepción de la fortaleza de El Morro). Su historia institucional ha producido pocos fenómenos notables. Algunas explicaciones, claro está, son obvias. Como Puerto Rico fue por largo tiempo una colonia, la mayor parte de su historia se desarrolló en Madrid, Londres y Washington.

La pequeñez y homogeneidad geográfica de la Isla han significado que ésta ha carecido del conflicto dramático interno encontrado en otras comunidades más grandes y variadas. Su insularidad la ha preservado del flujo y reflujo a través de las fronteras que ha enriquecido la historia de las naciones continentales.

El hecho seductor es que a pesar de su espectacularmente rala historia, Puerto Rico tiene (por lo menos desde un punto de vista europeo) uno de los más largos pasados de cualquier parte del Nuevo Mundo. Colón desembarcó allí; San Juan era una colonia europea a principios del siglo XVI. En esta paradoja existe el peligro de que los puertorriqueños se sientan tentados a esperar demasiado de su historia, llegando a la festinada conclusión, por su extensión cronológica, de que pueden encontrar en ella los mismos recursos que otros países han encontrado.

Inglaterra, Francia e Italia, por ejemplo, tienen historias impresionantemente largas e impresionantemente ricas; Estados Unidos, una historia rica y llena de sucesos apretujada en un corto período de años pero extendida sobre una gran extensión geográfica.

Muchas otras partes del mundo, como India y China, tenían un caudal de historia antes de que fuesen vistas por ojos europeos. Pero los puertorriqueños están casados con un panorama histórico ralo. Harían mejor en descubrir las virtudes peculiares de ese panorama más bien que codiciar encantos que no son legítimamente suyos.

Algunas de estas ventajas aparecerán en alto relieve sobre la vida de otra comunidad mucho más grande que como Puerto Rico sufre tanto de sobrepoblación y de falta de recursos naturales. Italia padece no solamente de estos males sino que también de una sensación de insuficiencia contemporánea, por una rigidez en afrontar sus problemas sociales y por una política excesivamente ideológica — todo lo cual está relacionado con su historia embarazosamente rica. ¿Dónde puede uno igualar la herencia cultural de los italianos, desde la antigua etrusca pasando por la romana, medieval, papal y el Renacimiento, hasta la liberal moderna? Esta riqueza ha ayudado a los italianos, claro está, a pesar de ellos mismos. Pero ha tenido sus tentaciones. Mussolini se pavoneó en la toga de César. Aún hoy muchos italianos buscan a tientas y sin designio en las sombras de su gran pasado.

Mientras que el pasado es un magnífico palacio de muchas cámaras preparado para todas las generaciones posteriores, también puede ser una prisión de muchas celdas. Los mismos monumentos que hacen de Italia el más grande museo del mundo tientan al italiano actual a adoptar normas apabullantes y obsoletas en cuanto a su autovaloración. Hoy en día los italianos se inclinan a recorrer la gama de viejas soluciones para problemas nuevos o a asumir que los problemas no tienen solución. Pero la época requiere una imaginación liberada.

Cualquiera que vaya de Italia a Puerto Rico difícilmente puede dejar de ver que la falta de historia de la Isla puede ser una ventaja natural. Sin tener el impedimento del bagaje de un magnífico pasado, los puertorriqueños pueden descubrir grandeza mejorando el presente. Y sin ese resentimiento característico de las naciones que han surgido de revoluciones destructoras o que han conocido tiempos mejores, ellos pueden abrir sus ventanas al futuro.

Si cambiamos de la orientación general de la vida de la comunidad al vocabulario de la política, encontramos similares ventajas fortuitas en la actual situación puertorriqueña. Ese aprisionamiento del pensamiento político puertorriqueño dentro del problema del status, que ya hemos señalado, ha sido él mismo, claro está, un síntoma de lo tenue de la historia puertorriqueña.

Si la Isla hubiese tenido su parte completa de idealismo turbulento, golpes de estado, revoluciones sangrientas, destructoras guerras civiles, despiadadas invasiones extranjeras (y los demás capítulos familiares de las naciones europeas) quizás hubiese adquirido un vocabulario político más grandioso y metafísico. La antítesis con Italia es nuevamente iluminadora, porque en este particular también Puerto Rico e Italia son polos opuestos.

La política italiana es un pantano de ideología. No se tienen dificultades al tratar de que un político italiano o un universitario describa la Buena Sociedad: hablará en bellas abstracciones a la vez que señalará hacia pináculos de brillo remoto. Pero se mostrará reticente o indiferente

ante la mirada de detalles (tarifa, seguro social, contribuciones, etcétera) que son la vida diaria de un pueblo. ¡Qué diferente es Puerto Rico! Aquí los políticos sí son específicos.

Recientemente el Partido Popular Democrático ha encauzado el debate político hacia los más concretos problemas económicos y sociales: seguro social, industrialización, alfabetización, enfermedades y nutrición. Aún los partidos de minoría están orientados hacia objetivos limitados: favoreciendo el Partido Republicano (o Estadista) la estadidad dentro de Estados Unidos y el Partido Independentista buscando la independencia política.

Si el problema del status ha sido una prisión que han mantenido a los pensadores políticos lejos de los vigorizantes vientos doctrinarios que soplan en el exterior, también los ha protegido de la vaciedad de la política metafísica y de los políticos metafísicos. Hoy Puerto Rico está cosechando beneficios inesperados porque sus anteriores pensadores políticos no entraron en la ilimitada arena de la especulación filosófica.

Hoy día no es poca ventaja que el político puertorriqueño esté acostumbrado a pensar específicamente aun cuando algunas veces se ha inclinado a pensar mezquinamente. Los políticos puertorriqueños contemporáneos son un espectáculo estimulante de gente que lucha con sus principales problemas. Hay que mirar largo e intensamente en la Isla para encontrar a alguien encantado con los espejismos del fascismo, comunismo, monarquismo, socialismo o el ideal de una Sociedad Cristiana.

En el Continente de Europa en estos días, el caso es lo contrario; allí hasta la democracia ha perdido su sabor de transacción y se ha convertido en una especie de castillo en el aire. Los partidos políticos italianos o franceses son un pobre esfuerzo por continuar numerosas revoluciones incompletas dentro del marco de la vida política pacífica. Pero en Puerto Rico, con su casi desnudo pasado político los principales estadistas nada encuentran más interesante que el presente — a menos que sea el futuro.

El obstáculo principal encontrado por una comunidad como Puerto Rico en su búsqueda de un carácter distintivo que se respete a sí mismo es su tendencia a juzgarse utilizando normas abstractas y absolutas. Esta es, claro está, la paradoja del nacionalismo moderno: naciones que conscientemente buscan su alma, a menudo tratan de modelarse siguiendo una quimera de "grandes culturas" pasadas.

Pero el gran recurso del respeto propio de la comunidad no es la grande y noble aspiración; más bien es el hecho específico y distintivo. Para un pueblo, el descubrir la utilidad de una de sus limitaciones naturales vale una docena de himnos patrióticos.

Las ventajas de este punto de vista en ninguna parte aparecen tan claramente como en el caso de Puerto Rico. Porque si es pobre en el repertorio familiar de las naciones europeas, puede tener un pequeño y respetable repertorio propio. Trataré de ofrecer una sugestión de cómo algunas características de la vida puertorriqueña contemporánea podrían

ser vistas no como obstáculos a su asimilación al patrón de "grandes naciones" sino como oportunidades posiblemente únicas. La lista podría extenderse indefinidamente; mis puntos sólo intentan ser sugestivos.

(1) Bilingüismo. En todas partes en Puerto Rico uno escucha hablar sobre "el problema del idioma". La doble exigencia de dos idiomas ha creado una carga a muchos puertorriqueños, especialmente a aquellos que por muchos años sufrieron bajo el requisito legal de que el inglés fuese el primer idioma en las escuelas. Algunos puertorriqueños que apenas sabían inglés se veían forzados a aprender aritmética, geografía y ciencia en ese idioma, están comprensiblemente resentidos.

Sólo recientemente el Gobernador expresó su temor de que la presión de aprender dos idiomas había hecho a los isleños no bilingües sino "semi-bilingües en dos idiomas". Este es el "problema del idioma". Pero esta situación puertorriqueña puede ser vista de otra manera. El que visita la Isla, se sorprende por el notable bilingüismo de la clase media puertorriqueña; en la Universidad de Puerto Rico, por ejemplo, la Facultad nativa habla ambos idiomas, inglés y español. Los miembros de la clase media puertorriqueña, pueden hacerse entender asombrosamente bien en inglés idiomático. Quizás en ninguna otra parte en las Américas y en pocas partes de Europa una proporción tan grande de las clases dirigentes se encuentre tan en su casa en dos idiomas. Esto ofrece una novel oportunidad, aunque los nacionalistas puertorriqueños persisten en verlo casi exclusivamente como un problema.

Los cánones del nacionalismo abstracto e imitativo requieren, claro está, que cada nación tenga su idioma "puro". Recientemente las Filipinas se crearon problemas al adoptar el tagalog para probar su identidad nacional. Afortunadamente, Puerto Rico no posee una lengua nativa sobreviviente. Pero presumiblemente su idioma es el español de la misma manera que para los irlandeses libres es el gaélico y para Israel el hebreo.

La fútil aspiración del purismo lingüístico fue estimulada por el Gobernador en su reciente discurso (diciembre 29, 1953) a la Asociación de Maestros en que atacó la actual "corrupción" del español. Un anuncio Agapito's Bar, que descubrió en una remota población puertorriqueña, le sirvió de simbolismo de la creciente inclinación a valerse de palabras en inglés en lugar de seguir usando el español puro. "El idioma es la respiración del espíritu", dijo. "No permitamos que nuestra respiración se vuelva asmática. Con asma no podemos subir jalda arriba". La Academia Puertorriqueña de la Lengua Española (encabezada por el Presidente del Senado insular) ahora está emprendiendo un nuevo programa para conservar la pureza de la lengua madre.

Mientras tanto, se busca a puertorriqueños preparados para empleos importantes a través de la América Latina — no porque hablen español literario o inglés literario sino porque poseen un extraordinario dominio

idiomático de ambos. No es una rara oportunidad buena el que una Isla tan pequeña con tan poca historia y literatura propia sea bendecida con avenidas lingüísticas a una parte tan grande del resto del mundo.

¿Por qué tienen los puertorriqueños que lamentarse de que no pueden hacer del idioma el vehículo de una literatura "pura" cuando están peculiarmente bien situados para utilizarla de otras formas?

(2) La familia de parentesco extendido — El alto porcentaje de crecimiento poblacional es, claro está, uno de los principales obstáculos al rápido progreso económico de la Isla. Un elemento importante que estimula la procreación de numerosos hijos es el carácter especial de la familia puertorriqueña. Esto es lo que los sociólogos llaman "la familia de parentesco extendido", basada en la fuerza del lazo sanguíneo y en la idea de que un hombre mantiene una reclamación sobre otro simplemente porque es su pariente. Con cada nuevo hijo un padre suma capital (que puede ser compuesto) para proveer para su ancianidad.

Las consecuencias de esta institución son de largo alcance y no pueden ser expresadas únicamente en estadísticas demográficas. Por algún tiempo ha existido en la Isla la tendencia a hacer hincapié sólo en sus males. Mientras tanto, el programa de desarrollo industrial de Fomento y la reciente emigración al Continente han aumentado la movilidad y han hecho más difícil la supervivencia de la familia de tipo antiguo.

Hay, sin embargo, muchas virtudes características en la familia tradicional puertorriqueña. La más importante, quizás, es que provee al niño un sentido de que pertenece (como uno de los más hábiles estudiantes de la familia puertorriqueña ha observado); se le considera por quién es, en lugar de por lo que es. Los miembros del antiguo grupo de parentesco eran considerados sin dar importancia a sus habilidades especiales y promesa mundana; lo importante era ser miembro.

Quizás esto dejaba de proveer fuertes presiones hacia el logro del éxito mundano. Pero alimentaba una actitud característicamente democrática: no importa que fuera cojo, ciego, rico, pobre, brillante o torpe, cada persona valía simplemente porque era él. La familia de parentesco extendido de esa manera ha ayudado a inocular a la gente de la Isla contra algunos de los peores excesos de la filosofía industrial de la supervivencia del más apto.

En una comunidad que nunca ha sido rica y que tiene que encararse a una magra economía en décadas por venir, la sensación de seguridad personal, dignidad y valor innato fomentados por esta institución puede ser incalculable.

Probablemente esta institución es la que hace reales las nociones de serenidad y dignidad tantas veces elogiadas por patriotas puertorriqueños. Quizás, también, la cortesía y generosidad que el extranjero encuentra en

Puerto Rico de alguna manera están relacionadas con la disposición de la gente a extender sus patrones de parentesco a un círculo mayor de vecinos y visitantes.

(3) La Posición de la Mujer en la Vida Pública — Entre los más interesantes ejemplos de autodescédito, o la disposición de los isleños de fundir sus virtudes en un molde extranjero, está su actitud hacia la posición de las mujeres. Cualquiera que vaya a la Isla desde Estados Unidos continentales no puede dejar de sorprenderse del número de mujeres notables en su vida pública. Allí están doña Felisa Rincón de Gautier (la eficaz Alcaldesa de San Juan) y otras cuatro alcaldesas de un total insular de 76. Hay dos damas senadoras (de 32) y dos representantes (de 64). Está la señorita Nilita Vientós Gastón, la vívida presidenta del Ateneo; y la impresionante y numerosa Facultad femenina de la Universidad de Puerto Rico.

Estas mujeres parecen tener más éxito en conservar su atractiva femineidad que muchas de sus compañeras en Estados Unidos continentales. Las damas principales de la vida pública puertorriqueña desempeñan un papel distintivamente diferente del de la "mujer de carrera" americana.

Sin embargo les agrada colocarse dentro de la tradición de Mary Wollstonecraft, John Stuart Mill y las sufragistas americanas. El liberalismo europeo, dicen ellas, ha llevado a todas partes (como a Puerto Rico) la creencia en la igualdad de las mujeres.

Pero, ¿no estará el lugar mantenido por la mujer en la vida pública de la Isla relacionado de alguna manera con las características de la familia local y las instituciones del parentesco? Tal vez la "igualdad" de las mujeres puertorriqueñas es menos análoga a aquélla por la que aboga el liberalismo occidental que a la de las mujeres de India. Quizás la familia puertorriqueña — al igual que la india — hace tiempo ha creado dentro de ella una especie de posición directriz retadora, extensa y responsable para la esposa que puede ser fácilmente trasladada a una comunidad mayor. ¿No tendrá Puerto Rico entonces una oportunidad única de conservar muchos valores de una antigua organización de familia dentro de los noveles contextos de la democracia y la industrialización?

(4) Instituciones Políticas Estilo Puertorriqueño. — El status de Estado Libre Asociado es, claro está, un inspirado ejemplo de éxito en proveer nuevas soluciones para nuevos problemas. Pero sin intentarlo, y quizás sin desearlo, la Isla ha producido otras notables novedades políticas.

Tómese, por ejemplo, la particular actitud hacia la planificación. Tal vez nada engañe más que la frecuente referencia a la política puertorriqueña contemporánea como una perpetuación del Nuevo Trato. En Estados Unidos continentales hace tiempo hemos dado por sentado que ninguna parte de la economía debe ser planeada sin una justificación especial como la defensa nacional o una emergencia económica.

Tenemos una fuerte justificación histórica para nuestra actitud: ha sido el juego libre del propio interés y de la empresa privada en nuestro Continente fantásticamente rico lo que ha producido niveles de bienestar humano y progreso industrial sin precedentes.

Pero el pueblo de Puerto Rico ha tenido mucho menos razón para poner su fe en el libre juego de la ambición privada. En un país donde el hacerse rico de la noche a la mañana ha sido un mito (excepto en la lotería del Gobierno) y donde cada treinta años más o menos huracanes extravagantemente devastadores destruyen casas y cosechas, la gente es más receptiva a las ventajas de la planificación. Al mismo tiempo, actitudes socialistas doctrinarias hacia la planificación así como hacia otros problemas políticos, han tenido muy poca acogida.

Al principio, el Partido Socialista de la Isla tenía un vago aroma marxista pero durante la mayor parte de su vida no muy próspera, sus líderes estaban preocupados con el problema del status. Para todo propósito práctico el Partido Socialista ha dejado de existir porque su candidato a Gobernador en 1952 sólo obtuvo tres por ciento del diez por ciento requerido de un partido para mantener su posición legal.

El actual Gobierno no es ni socialista ni antisocialista; simplemente ha demostrado disposición a planear o a no planear según la ocasión lo ha exigido. Ha estado dispuesto a probar la posesión gubernamental en casos limitados donde parecía temporalmente necesaria; pero ha estado igualmente dispuesto a abandonar los experimentos en posesión gubernamental cuando ya no parecían necesarios. En Puerto Rico, entonces, la planificación no se ve ni como una desviación de emergencia de una ortodoxia de "laissez-faire" ni como una ortodoxia en sí, sino simplemente como un expediente político entre muchos otros. El programa que ha tenido como resultado posee un sabor muy particular.

(5) Estados Unidos como Frontera Puertorriqueña y Viceversa. — Puerto Rico sigue siendo una de las pocas áreas desde donde la gente puede emigrar libremente a Estados Unidos. Esto no solamente provee una frontera de oportunidad económica, un canal para la población y la energía, sino que también puede tener (y ya está teniendo) un amplio efecto en la Isla misma, dándole la ventaja del libre intercambio con una comunidad más grande y más avanzada y reteniendo a la vez muchas de las ventajas de la pequeñez y la insularidad.

Paradójicamente, Estados Unidos se ha convertido en una especie de "colonia" de Puerto Rico, no sólo como salida para su exceso de población sino que también como fuente de materia prima para muchas de las nuevas industrias de la Isla.

Esto, junto con el hecho más conocido de que Puerto Rico es una "frontera" para el capital continental (y población) coloca a la Isla en la nueva posición de poseer simultáneamente las ventajas de ser tanto una "colonia" como una "madre patria".

En Puerto Rico existe una creciente conciencia comunal, un impulso hacia el autodescubrimiento. Algunas veces parece una especie de "Weltschmerz" adolescente. Allí como en otras partes, las clases literarias poseen un terrible poder para imponer un malestar sin objetivo a la comunidad. Pero si pueden guiar a la Isla a su autodefinición por líneas empíricas particularistas, pueden impedir la búsqueda ociosa del yo basada en falsos paralelos con otros países y en normas prestadas de autorealización.

Esa búsqueda está llamada a ser estéril y a aumentar la frustración innecesaria de la ya insegura comunidad. Su verdadero papel es ayudar a la comunidad a encontrarse a sí misma, pero no llevando a cabo una ardua búsqueda de Cultura sino ayudando a sus compatriotas a descubrir y desarrollar los recursos sociales que son innatos del país.

(Reproducido de El Mundo)